

POR ROIG DE
LEUCHSENRING

ASALTOS

Y SAQUEOS A LA HABANA DE PIRATAS Y CORSARIOS

LOS piratas y corsarios que durante los siglos XVI y XVII asolaron los mares que bañan a la isla de Cuba y sus principales puestos, debieron su existencia al monopolio comercial que hasta después de la ocupación inglesa de La Habana, mantuvo España en sus colonias americanas, impidiendo que otras naciones comerciaran con ella. Esta equivocada política dió vida, natural y lógicamente, a la piratería, realizada, primero, y en

ocasiones, particularmente, por hombres audaces y temerarios, ansiosos de aventuras y fortuna; y después, y en la mayoría de los casos, al amparo y bajo la protección de las naciones enemigas de España. Las condiciones estratégicas de las Antillas, con puertos seguros y escondidos y grupos de pequeñas islas desiertas o apenas habitadas—que facilitaban refugios admirablemente preparados por la naturaleza para el espionaje, el asalto y la sorpresa—

favorecieron las incursiones piráticas por estos mares y los ataques a las flotas que llevaban metales preciosos y mercancías codiciadas de América y España, así como los saqueos de poblaciones pequeñas e indefensas.

Los franceses fueron los primeros en atacar y romper el monopolio español en América. Y a Cuba tocó el puesto prominente en esas depredaciones, por ser esta isla, y especialmente su puerto de La Habana, lugar de escala de los galeones que traían los dineros de la metrópoli y llevaban a ésta los metales y productos del suelo americano. Las diversas guerras mantenidas por España con Francia desde los tiempos de los Reyes Católicos convirtieron las hazañas de los piratas franceses en América en motivo de regocijo y hasta de orgullo para los monarcas galos, que, como es natural, dispensaron su protección a quienes de tan eficaz manera operaban en la lucha contra los españoles. A los franceses se sumaron bien pronto los ingleses, atraídos por el oro de las Antillas y el palo del Brasil.

Dos sistemas adoptó España como defensa contra los piratas y corsarios: el envío de escuadras que convoyaran a las naves que hacían el intercambio comercial con las Indias, y la fortificación de las plazas más importantes de las Antillas, y entre ellas la de La Habana. Pero nada sirvieron uno ni otro: la piratería conti-

nuó extendiéndose al calor de la causa que era su razón de existencia: el monopolio comercial español; y lejos de decrecer, a ella se dedicaron aún los propios españoles, afectados también por dicho monopolio, de cuyos beneficios sólo podía disfrutar el Estado. Así, el extranjero, como el español, que quería traficar en América, tenía forzosamente que convertirse en pirata, poniéndose fuera de la ley y bajo la amenaza de penas severísimas, por el simple hecho de comerciar, quedando equiparados en persecución y castigo—como apunta Pedro José Guiteras—, el desalmado pirata y el pacífico mercader. La trata de esclavos negros africanos—convertida en otro monopolio también—favoreció aun más el incremento de la piratería, dedicándose algunas veces los piratas a capturar a los barcos negreros, y otras, a traer directamente de Africa los negros que como esclavos vendían luego a los castellanos, o cambiaban por productos del suelo americano.

El año de 1537 sufrió La Habana el primero, y muy desastroso asalto, de los corsarios franceses. Uno de estos permaneció anclado en el puerto durante tres horas, observando los buques españoles que en él se encontraban, y los que, al retirarse rumbo al Mariel, lo persiguieron y combatieron, con suerte adversa, pues el francés quemó dos y se llevó otro, no sin antes asaltar, saquear y quemar la villa. Es posible que en este incendio se perdieran, total o parcialmente, los libros de Actas existentes hasta esa fecha.

En 1538 otro francés, que había sido ahuyentado de Santiago por Diego Pérez, con su navío *La Magdalena*, se posesionó de La Habana durante quince días, quemando un bajel, saqueando el poblado, haciendo huir a sus moradores y llevándose las campanas de la iglesia.

Joan François de la Roque, señor de Roverbal, que ostentaba el cargo de teniente general del Canadá, otorgado por Francisco I. de Francia, y a quien los españoles conocían por Roberto Baal, atacó en 1543 con cuatro galeotas La Habana, anclando sus embarcaciones frente a La Punta, y desembarcó su gente por la caleta de San Lázaro; pero los vecinos de la villa se armaron, logrando rechazar a los invasores con el auxilio de los fuegos de la primitiva fortaleza construida por Acéituno, reembarcando los piratas sin realizar daño alguno, y con pérdida de más de quince hombres.

PA
DO
OF

29

Uno de los más desastrosos asaltos que sufrió La Habana en el siglo XVI por parte de los piratas franceses, fué el realizado el 10 de julio de 1555 por el famoso corsario Jacques de Sores, valiente y experimentado marino que había sido almirante con François Le Clerc (*Pie de palo*). En la mañana de aquel día se presentó a la vista del puerto el navio pirata. El gobernador Gonzalo Pérez de Angulo salió huyendo con su familia hacia la aldea de indígenas de Guanabacoa, donde se refugió con varios regi-

tores y vecinos, poniendo a resguardo, también, algunos de sus muebles y otras pertenencias. Ante la cobardía de Pérez de Angulo, el vecino de La Habana y regidor de su cabildo don Juan de Lobera se dispuso valientemente a resistir el ataque de los franceses, atrincherándose en la única, pobrísima e inadecuada fortaleza, de la que era alcaide. Después de enconada lucha se vió obligado a rendirse, pero en condiciones honrosas, respetándole el francés su vida y la de los suyos y el honor de las mujeres. Concertada una tregua para negociar con Pérez de Angulo el rescate de la población, que Sores hizo ascender a treinta mil pesos y cien cargas de pan casabi, el gobernador no aceptó la tregua y se dispuso a sorprender a los franceses mientras dormían, pero advertidos éstos a tiempo, rechazaron el ataque. Reanudadas las negociaciones para el rescate, Sores, indignado por "los miserables mil pesos" que ofrecieron los habitantes, prendió fuego a la población, destruyéndolo todo, quemando las embarcaciones que habían en el puerto, y las estancias vecinas, colgando a los negros que en éstas laboraban y ultrajando las imágenes de los santos y las sagradas vestiduras. Perdiéronse también, en el incendio, los archivos del cabildo habanero anteriores a 1550. El 5 de agosto, a medianoche, se hizo Sores a la vela, dejando La Habana arrasada y a sus vecinos en la miseria, maldiciendo al hereje francés y renegando de su cobarde gobernador.

Durante el gobierno de Diego de Mazariegos, sucesor de Angulo, estuvo La Habana en varias ocasiones amenazada de asaltos de piratas, que no llegaron a desembarcar gracias a la vigilancia mantenida por el gobernador, en tierra, y a las flotas de Pedro de las Ruedas y de Pedro Menéndez de Avilés. Al abandonar Mazariegos la isla, en 1565, fué víctima, frente al Mariel, de los piratas, que lo hicieron prisionero, exigiéndole rescate; pero enterado de ello el nuevo gobernador, García Osorio, envió al sobrino de Avilés, Pedro Menéndez Márquez, en defensa de Mazariegos, logrando aquél abatir a los franceses y libertar al ex gobernador.

En 1568 el marino inglés John Hawkins, traficante de esclavos, oro, perlas, cuero y azúcar, por estos mares de las Antillas, y a quien la reina Isabel de Inglaterra ennoblecía, concediéndole escudo de armas que ostentaba "sobre unas olas de mar azuladas,

un león de oro sobre fondo negro, en el cual se ven tres monedas también de oro, y por cimera, el busto de un negro engalanado con joyas", fué sorprendido a la altura de La Habana por fuerte tormenta que le ocasionó averías gruesas a su nave capitana *El Jesús*.

Un pirata francés persiguió, el año 1576, hasta la misma entrada del puerto a un navio español, que logró ponerse en salvo, refugiándose en el interior de la bahía.

Francisco Drake, discípulo y compañero de Hawkins, célebre en la historia de la marina inglesa, constituyó durante los años de 1585 y 86 la preocupación y el terror de los gobernantes y vecinos de La Habana, al tener noticias de una proyectada incursión pirática de aquél a la villa, al frente de una escuadra de veinte y tres buques, con mil trescientos tripulantes, salida de Plymouth el 15 de septiembre del primero de dichos años, rumbo a América, para vengar la traición española que al escuadrón de

Hawkins realizó don Henríquez en San Juan de Ulloa, pero, afortunadamente para los habaneros, el temido corsario no llegó a atacar la población, aunque el 27 de mayo del 86 siete barcos ingleses persiguieron, frente a La Habana, infructuosamente, una galeota española cargada de palo campeche, que pudo guarecerse en el puerto, castigando a las naves enemigas los fuegos de La Punta y el Morro. Ese mismo día, a las tres de la tarde, catorce buques de Drake barloventearon frente a la población, y a la madrugada siguiente se presentó el resto de la escuadra, permaneciendo al paio hasta el 4 de julio, en que se dirigió rumbo al noroeste, sin intentar ataque ni desembarco algunos. Una de las embarcaciones, al quedar rezagada, sufrió la captura por dos galeotas españolas, que la trajeron a La Habana con su tripulación. Si bien se trató de ahorcar a todos estos ingleses piratas, se les perdonó luego, por haber alegado que no habían ocasionado daño a la villa, obligándoseles únicamente a cooperar en las obras de la fortaleza. Igual suerte experimentaron los tripulantes de una nave pirática francesa, capturada también en esos días.

El 15 de junio de 1626 se presentó frente a La Habana la flota del corsario holandés Baodayno Enrico o Vaude Vin Enrique, en acecho de la flota española de México, pero habiendo muerto su jefe el día 2 de julio, de fiebres contraídas al hacer escala en Cabañas, el oficial que lo substituyó, al darse cuenta de lo bien fortificada que estaba La Habana, abandonó el sitio de la misma, dirigiéndose a Matanzas.

Otras naves holandesas trataron después inútilmente de asaltar la armada española que se dirigía a La Habana por el cabo de San Antonio, siendo defendida ésta, felizmente, por el marino habanero Diego Vázquez de Hinojosa, jefe de una armadilla,

Durante el gobierno del maestre de campo Lorenzo Cabrera Corbera sufrió horrible descalabro el convoy español de la plata mandado por Juan de Benavides Bazán, a manos de la poderosa flota holandesa de Piet Heyn, uno de cuyos escuadrones, de diez y seis buques, se estacionó frente a La Habana a mediados de 1628, y el otro escuadrón, de igual número de barcos, se dirigió a Pinar del Río, en espera ambos de la escuadra española. Al divisar ésta a los piratas, trató de alcanzar el puerto de Matanzas, varándose a su entrada la nave capitana y dos galeones y siendo apresadas otras embarcaciones por Heyn, apoderándose de los ocho mejores navios y de los tesoros que llevaban a bordo, quemando los barcos que juzgaron inservibles. Durante más de dos semanas permaneció el pirata holandés a la vista de La Habana con su flota y los barcos españoles apresados, haciéndose a la vela, rumbo a su patria, el 15 de noviembre.

Otro muy temido marino y pirata holandés, Cornelis Cornelizoon Jol's (*Pata de Palo*), en los primeros meses del año 1631, trató en dos ocasiones de apresar la flota de México, situándose al efecto frente a La Habana durante varios días, sin lograr su propósito y ni siquiera la efectividad del bloqueo del puerto, pues en su segundo acecho burlaron aquel veintiséis buques españoles, y la escuadra de Tomás de Larráspuru pudo zarpar de La Habana en febrero de 1632, con cincuenta y ocho buques portadores de más de ocho millones de pesos.

Nuevamente, el 4 de septiembre de 1640, *Pata de Palo*, con una flota de treinta y seis velas, se situó a la vista de la ciudad, pero el huracán desencadenado el día 11 dispersó los barcos, embarrancando y destruyendo varios de ellos, muchos de cuyos tripulantes fueron hechos prisioneros y conducidos a La Habana, y el día 20, el jefe holandés envió un parlamento al gobernador, solicitando el canje de prisioneros, lo que no fué aceptado, dirigiéndose *Pata de Palo* a Matanzas y desembarcando en ella, no sin causar algún daño a los vecinos. En el mes de octubre abandonó definitivamente nuestros mares.

Las últimas amenazas de ataques corsarios a La Habana tuvieron lugar durante los gobiernos de Juan de Salamanca y Francisco Dávila Orejón. El inglés David Manwel merodeó a la altura de La Habana en espera de convoyes españoles, que no se presentaron. Su discípulo, Henry John Morgan, que llegó a adquirir triste renombre por su desenfrenada crueldad, no obstante lo cual, o tal vez por ello mismo, fué recompensado por el rey Carlos II de Inglaterra con el título de caballero y el nombramiento de comisario del Almirantazgo en Jamaica, después de varias depredaciones en Santiago y otros puertos antillanos y centroamericanos, el 1º de marzo de 1668 se presentó a la vista de La Habana con el intento de asaltarla por la parte no fortificada, desembarcando para ello en Batabanó setecientos hombres, que se disponían a entrar por Jesús del Monte; pero conociendo el pirata de los serios preparativos de defensa llevados a cabo por Dávila Orejón, abandonó la empresa, planeando entonces el ataque y saqueo de Puerto Príncipe, que sí pudo efectuarlo impunemente a fines de ese mismo mes de marzo.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA